



Prólogo

Kennington, sur de Londres

Ya les habían advertido que encontrarían a un hombre que estaba siendo amenazado con un cuchillo. Damien Castle se agachó detrás del contenedor para reciclaje, junto a la puerta lateral de un quiosco de diarios, y Nathan Hunter, su amigo y compañero de misión, se arrodilló a pocos centímetros de él. El nauseabundo olor de la basura y de algo peor, que Damien prefirió no nombrar, inundaba el ambiente.

–Te dije que siempre nos tocan los trabajos más sofisticados –murmuró Damien, luego de que intercambiaran sonrisas irónicas.

Nathan entrecerró los ojos y se sacudió un envoltorio de papas fritas que tenía en la punta del zapato.

–¿Algún cambio? –susurró Damien por el diminuto micrófono que tenía pegado justo debajo del cuello.

–Negativo –respondió el policía que estaba a cargo de la operación, con voz nítida y profesional. Los integrantes de su equipo ocupaban diferentes puntos estratégicos alrededor de la zona del ataque. El tirador designado se había posicionado

en el tejado de enfrente, pero no tenía una tarea fácil, ya que el agresor estaba usando como escudo a Ali, el anciano dueño de la tienda de la esquina-. El sospechoso está detrás del mostrador y amenaza con un cuchillo al señor Shah, al que todos conocen como el señor Ali. Hay dos clientes que se arrojaron al suelo y un niño en un cochecito, que está por armar un escándalo, lo cual podría asustar a nuestro objetivo. El médico cree que el comportamiento del sospechoso puede empeorar en cualquier momento. Es hora de actuar.

-Coincido -la voz de Isaac se unió a la conversación-. No corras riesgos innecesarios, Damien. Debes ceñirte al plan original.

Luego de la autorización de su jefe, el coronel Isaac Hampton, líder de la YDA, Damien volvió a revisar si tenía el chaleco resistente a puñaladas debajo de la chaqueta, pese a que no creía que fuera necesario, ya que no debía enfrentar a un verdadero criminal, sino a un problemático adolescente de diecisiete años que no había tomado su fármaco antipsicótico. Kyle Channer había perdido el control y sufría el peor estado de paranoia que sus médicos habían presenciado hasta el momento. Aquella misma tarde, había decidido que, en la tienda de Ali, se había abierto una puerta secreta hacia una realidad alternativa, qué permitiría el ingreso de extraterrestres, cuyo fin era invadir el mundo.

-Nat, ¿estás listo para enfrentar al cazador de marcianos? -preguntó Damien, mientras se tocaba el brazalete de cuentas para que le diera buena suerte.

-Sí, antes de que lastime a alguien o ese francotirador lo mate -Nathan también verificó si llevaba puesto su chaleco.

–Ojalá no se dé cuenta de que estamos con la policía y nos permita acercarnos. ¿Preparado?

Después de asentir, su compañero se cubrió la cabeza con la capucha. Ambos llevaban sudaderas con capucha, pantalones negros desaliñados y auriculares voluminosos, que les colgaban del cuello.

–Cúbreme las espaldas –susurró Damien, al tiempo que encendía la música para que sonara a todo volumen.

–Ya sabes que te cubro las espaldas, pero también podría dirigir el operativo –a Nathan no le agradaba su papel de respaldo en esta misión.

–Sí, y también sabes que Kate se enfadaría conmigo si regresaras con un arañazo. Cíñete al plan.

Luego de chocar los puños, salieron del escondite y se dirigieron hacia la entrada del negocio, fingiendo estar demasiado absortos en su discusión como para darse cuenta de que algo andaba mal. Ante la mirada de cualquier testigo, parecían dos adolescentes comunes y corrientes que caminaban por la calle; uno rubio, el otro morocho, y ambos con una altura superior a la media.

–Señor Ali, ¿nos podría dar dos bebidas energizantes, por favor? –cuando Damien entró, la puerta emitió un sonido vibrante, que hizo que todos se sobresaltaran. Como si nada hubiera ocurrido y como si solo pudiera estar atento a la música, el joven avanzó por el pasillo, ignorando a las personas que estaban boca abajo. Nathan lo seguía por detrás y, al pasar junto al cochecito, lo colocó con discreción detrás de una estantería.

–¡No se acerquen! –chilló Kyle, al tiempo que empuñaba el cuchillo en dirección a Damien. Tenía el cabello revuelto y

estaba enajenado. Además, contaba con la fuerza propia de su estado de desenfreno, lo cual no era un buen presagio para el futuro del débil rehén.

–Está bien, está bien, amigo. Me quedo aquí –Damien se quitó los auriculares y levantó las manos–. Pero ¿qué pasa?

–Están viniendo. ¿No los ves? –loco de temor, Kyle miró hacia todos los rincones del lugar, con sus ojos castaños inyectados en sangre.

–No te preocupes. Me dijeron que, como aquí hacía demasiado frío, decidieron regresar a su hogar. No hay peligro.

–¿Sabes de quiénes hablo? –el rostro de Kyle se relajó por un instante–. ¿Entiendes?

–Sí, entiendo todo. ¿Por qué no sueltas al señor Ali, así me puede dar las bebidas y podemos discutir la situación?

Por un instante, Damien creyó que su argumento había funcionado pero, de pronto, Kyle se puso tenso. Su mente había fabulado otra fantasía.

–No, tú también eres uno de ellos... ¡Son todos extraterrestres! –echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa chillona–. ¿Cómo no me di cuenta antes? Ya nos invadieron y soy el único ser humano que queda. La salvación de la Tierra depende de mí.

¡Caramba! Eso no era nada bueno. La punta del cuchillo estaba demasiado cerca del cuello del señor Ali, cuyo rostro expresaba conmoción y sufrimiento. El bebé no cesaba de golpear los pies contra el cochecito y sus llantos eran ensordecedores. Damien tenía que lograr que Kyle corriera la navaja para que Nathan pudiera deslizarse por un costado y desarmarlo, antes de que el chico se volviera completamente loco.

–No soy uno de ellos –dijo Damien rápidamente–. Y te lo puedo demostrar.

–¿Cómo? –preguntó Kyle, sorprendido por el comentario.

–Si me haces un pequeño corte con el cuchillo, me saldrá sangre roja –Damien se levantó la manga y apoyó el brazo sobre el mostrador. A Isaac le iba a encantar aquella desviación de las normas–. Todos sabemos que los marcianos tienen sangre verde o azul.

Kyle asintió, ya que le parecía una propuesta absolutamente razonable. Aunque Damien se había dado cuenta de que Nathan estaba en contra del cambio de planes, le hizo una señal con la mano para que se preparara.

–De acuerdo, muéstrame –Kyle soltó un poco al señor Ali y dio un paso hacia adelante. Apenas lo hizo, Nathan se le aproximó por el lado derecho y pateó el cuchillo, el cual voló por los aires y cayó con un estrépito detrás de un exhibidor de bebidas. Kyle lanzó un grito y se apartó de Nathan lo más rápido que pudo. Luego tomó unas tijeras, que estaban junto a la caja registradora, y los amenazó. Damien maldijo para sus adentros, ya que no había advertido el arma alternativa. Las dos clientas que estaban en el suelo aprovecharon para ocultarse; una detrás del mostrador, la otra junto a su bebé.

–¡Quédese quieto! –ordenó Damien al dueño de la tienda, que se había puesto de pie–. Kyle, tranquilízate. No queremos hacerte daño.

–¡Extraterrestre, debes morir! –Kyle intentaba tajarlo con la tijera.

–No soy un extraterrestre. ¿Cómo podría serlo si simpatizo con Arsenal?

Kyle lanzó un grito de furia.

–De acuerdo, eres seguidor de Tottenham –Damien creyó que la estúpida broma lo haría entrar en razón, pero el joven continuaba absorto en su pesadilla y atacaba con mayor violencia. Si seguía así, terminaría con una bala en el pecho.

–Nat, resguarda a los demás.

Como la zona que estaba detrás del mostrador se había despejado, Nathan condujo al dueño de la tienda, a las mujeres y al niño hacia el depósito.

–¡No pueden entrar ahí! ¡Es el portal! –chilló Kyle–. ¡No permitiré que destruyan a la humanidad!

Definitivamente, el chico había visto demasiadas películas de ciencia ficción.

–Pero, Kyle –dijo Damien con calma, pese a que su corazón latía con fuerza–, estoy aquí para ayudarte. No voy a dejar que ganen los villanos. De hecho, te voy a contar un secreto: soy el hermano menor de Tony Stark.

Kyle desvió su mirada del depósito y se dirigió a Damien con desconfianza.

–Si es así, ¿dónde está tu traje de Iron Man?

–Lo están aceitando en la tintorería –tenía que alejar su mente de los extraterrestres–. Oye, Kyle, ¿te gusta la magia?

Ante el cambio rotundo de tema de conversación, el muchacho abrió los ojos de par en par, completamente confundido.

–Lo tomo como un sí. ¿Quieres ver un truco? –Damien continuó a pesar de que su audiencia tenía más ganas de achillarlo que de aplaudirlo–. ¿Ves esta moneda dorada? –tomó una brillante moneda de chocolate de la sección de dulces y pasó la mano por encima para hacerla desaparecer–. ¿Ves? Ya

no está. No, no mires para atrás. Mantén la vista en mis manos –inmediatamente después, hizo el movimiento contrario desde su oreja–. Y, ahora, regresó.

–Sí, me gusta la magia –dijo Kyle, aflojando un poco la tensión de sus hombros y dejando caer la mano que sostenía las tijeras.

–¿Quieres que te muestre cómo lo hice? –Damien se le acercó–. Primero, llevas la moneda a la palma de la mano –mientras Kyle se concentraba en su mano derecha, Damien utilizó la mano izquierda para sacarle las tijeras y deslizarlas dentro de su bolsillo. Luego, miró a Nathan y le hizo una seña para que se acercara–. Después, la haces desaparecer.

–¿Dónde está? –Kyle esbozó una sonrisa de sorpresa.

–Siempre estuvo en tu oreja –Damien fingió retirarla de la oreja izquierda de Kyle–. Mira, aquí la tienes –puso la moneda en las manos vacías del muchacho.

–¡No! –gritó Kyle, luego de que Nathan apareció por detrás y lo tomó de los dos brazos. En ese preciso instante, se dio cuenta de que ya no tenía su arma. Mientras intentaba liberarse, la moneda de chocolate cayó al piso–. ¡Suéltame!

–Objetivo capturado –anunció Damien a los oficiales que lo estaban escuchando.

De inmediato, ingresaron los policías y dos de ellos espasaron a Kyle. También entró un médico con una jeringa en la mano para calmar al paciente.

–¡No, no! Tengo que detener a los extraterrestres... –Kyle pateaba con la misma fuerza e insistencia con la que antes lo había hecho el bebé.

–Amigo, te aseguro que van a desaparecer apenas tomes

tu medicación. No te preocupes –Damien se arrodilló junto a él y deslizó la moneda de chocolate en su bolsillo. Luego, le dio una palmadita en la espalda, se puso de pie y se limpió las rodillas.